

Del Mar Al Cielo

Playa del Socorro → Teide · 3.718 m · 38 km

Capítulo I

El peso de lo que está por venir

Los días previos tuvieron ese sabor peculiar que solo conocen quienes han preparado algo grande. Un nerviosismo que no era miedo, sino respeto. La diferencia entre los dos es sutil pero enorme: el miedo paraliza, el respeto afila. Y nosotros llevábamos demasiado trabajo a las espaldas como para dejar que fuera miedo.

Desde el miércoles por la noche estábamos en Tenerife, y la isla ya nos había cambiado el pulso. Cuatro días conviviendo con su silueta volcánica en el horizonte, con el Teide asomando entre nubes como quien recuerda que sigue ahí, esperando. El sábado era el día. Lo sabíamos. Y ese saber tiene un peso muy concreto cuando te acuestas la noche antes.

El viernes por la noche preparamos las mochilas para no dejar nada al azar, para que el cuerpo también entendiera que esto iba en serio. Comida, agua, cuatro capas de ropa, guantes, frontales, palos de trekking, crampones, geles energéticos, pastillas de sales, chuches, frutos secos... No sobraba nada. No faltaba nada.

La mañana del sábado fue de una calma tensa y productiva. Carbohidratos. Hidratación. Algunos consiguieron echarse una siesta, porque sabíamos que el sueño no volvería en mucho tiempo. El último café antes de salir fue casi una ceremonia. Cafeína en el cuerpo, claridad en la cabeza, y las mochilas ya esperando junto a la puerta.

Cargamos el coche y pusimos rumbo a la Playa del Socorro.

"Aparcamos el coche. No lo volveríamos a ver hasta dentro de un tiempo, y ese pensamiento —tan sencillo, tan definitivo— lo decía todo."

Cuando llegamos a la playa, el Atlántico estaba ahí, indiferente y eterno. Alguien se mojó los pies. Hubo fotos, las de siempre, las que uno guarda no por el encuadre sino por lo que capturan sin querer: las caras antes de que empiece todo. En el grupo se notaba la diferencia de experiencia. Algunos iban con el nerviosismo visible, la energía desbordada. Otros, con una tranquilidad gracias a la madurez acumulada en kilómetros.

Pero hubo un momento que quedará grabado para siempre. Nos acercamos al agua con los relojes GPS al máximo, agachándonos hasta casi rozar las olas con la muñeca. Queríamos que marcaran cero. Altitud cero. El nivel del mar. El punto de partida absoluto. Porque si íbamos a coronar el Teide, íbamos a hacerlo de verdad: desde el océano hasta el cielo, sin trampa ni atajo.

Antes de dar el primer paso, alguien sacó un pequeño recipiente y recogió agua del Atlántico y arena negra volcánica de la orilla. Un gesto pequeño cargado de intención: llevarse el origen consigo, para que al llegar arriba el viaje fuera completo en ambas manos.

Un turista se nos acercó con curiosidad. Preguntó qué hacíamos. Se lo explicamos. Se quedó en silencio unos segundos, mirando el cartel de madera que señalaba el inicio de la ruta 0.40.0, luego nos miró a nosotros, y finalmente volvió a mirar el cartel. No dijo mucho más. No hacía falta.

Eran las 18:00 horas del sábado. El sol empezaba a bajar. Y nosotros, a subir.

Salida
18:00 h
Altitud inicial
0 m
Objetivo
3.718 m



Calor, pinos y luna llena

Todavía no habíamos dado cien metros cuando ya sonó la primera pregunta. Era inevitable, "¿Cuánto queda? ¿Falta mucho?" Las carcajadas resonaron en la playa volcánica. Con más de doce horas de ascenso por delante, la única respuesta posible era reírse. Y así arrancamos —con humor, con calor, y con las piernas todavía frescas que aún no sabían lo que les esperaba.

Los primeros cinco kilómetros hasta la escultura de El Lance se hicieron rápidos y duros a partes iguales. Rápidos porque el grupo iba enchufado, con esa energía del principio que es un préstamo que tarde o temprano hay que devolver. Duros porque a las siete de la tarde Tenerife no regala nada: el calor pegaba, la humedad envolvía cada paso como una segunda ropa, y aunque el cielo nublado nos ahorró el sol directo, el bochorno era real y constante. El paisaje, sin embargo, era de otro mundo: verde intenso, frondoso, casi tropical, con una vegetación que no encaja con la imagen del volcán árido que uno se imagina desde fuera.

En el kilómetro cinco cruzamos los primeros quinientos metros de desnivel. Al girarse, la Playa del Socorro ya era un recuerdo pequeño allá abajo, una franja oscura entre el verde y el Atlántico. El lugar donde habíamos rozado las olas con el reloj parecía de otra vida. El cuerpo ya acusaba la humedad: alguna pastilla de sales hizo su aparición temprana, señal de que el ritmo estaba un punto alto. Lo sabíamos. Lo asumimos. Y seguimos.

"De repente, las nubes nos tragaron. El paisaje tropical desapareció y en su lugar apareció un bosque de pinos que olía a resina y a noche inminente."

La pista se volvió traicionera en algunos tramos: resbaladiza, irregular, con la humedad pegada al suelo como si la montaña quisiera ponernos a prueba desde el principio. Caminábamos dentro de la nube, sin horizonte, sin referencias, solo el camino inmediato y la silueta del de delante.

La primera parada llegó en los mil metros de desnivel. Y entonces ocurrió algo que no se planea: las nubes se abrieron. Solo unos segundos, los justos. Y ahí estaba el Teide, al fondo, enorme, quieto, mirando hacia abajo. El pico. El objetivo. Lo vimos todos al mismo tiempo y nadie dijo nada durante un instante. Luego las nubes volvieron a cerrarse, como si la montaña hubiera querido recordarnos que seguía ahí, pero que aún quedaba mucho por ganársela. Aprovechamos la parada para comer algo —no demasiado, éramos conscientes de que solo llevábamos siete kilómetros y que la despensa tenía que durar— y reanudar la marcha.

El bosque de pinos se adueñó del tramo siguiente. Denso, silencioso, hermoso. En algún punto el atardecer debió de ser espectacular, uno de esos que tiñen el cielo de naranja y malva sobre el océano. No lo vimos. Los pinos lo cubrían todo. Fue una de esas pequeñas renunciadas que exige una ruta así, y que uno acepta sin drama porque el trato que has firmado con la montaña no incluye condiciones.

Lo que sí fue increíble fue esto: eran casi las diez de la noche, superábamos los mil metros de desnivel, y seguíamos en manga corta y pantalón corto. Había bolsas de calor atrapadas entre los pinos que desafiaban toda lógica altitudinal. El grupo lo comentaba con asombro, como quien no acaba de creerse el termómetro. En algún recodo del camino nos cruzamos con otro grupo que subía a un ritmo más pausado. Saludos, miradas de reconocimiento entre personas que comparten un mismo desafío maravilloso. "Nos vemos arriba." Los dejamos atrás rápidamente —nuestro paso era alto, quizás demasiado, y todos lo sabíamos, pero había una energía colectiva que era difícil frenar.

La segunda gran parada llegó al llegar al kilómetro quince, a dos mil metros de desnivel. Momento de cenar: el bocadillo que cada uno había preparado con cariño la noche anterior. Y justo entonces, como si la montaña quisiera darnos algo a cambio de lo que nos había quitado, los árboles se abrieron. Encima de nosotros, limpia y perfecta, colgaba una luna llena. Brillaba con una intensidad que no necesitaba frontal. Iluminaba la pista, los rostros, las mochilas apoyadas en el suelo, los bocadillos a medias. Fue uno de esos momentos que no se buscan y que por eso mismo pesan más cuando llegan. Quince minutos de parada en silencio relativo, comiendo, mirando hacia arriba. Y cuando nos levantamos, el frío que no habíamos sentido durante la parada apareció de golpe. Era el momento. Pantalón largo, térmica, segunda capa. La montaña cambiaba de registro. Y nosotros, con ella.

Km cubiertos
0 → 15
Desnivel
0 → 2.000 m



El desierto de noche

El bosque de pinos desapareció de golpe. No fue una transición gradual, fue un corte limpio, como si la montaña hubiera decidido cambiar de escenario sin aviso previo. Un paso estabas entre troncos y resina, y al siguiente te encontrabas en medio del desierto. Un desierto de lava, de roca oscura, de silencio absoluto. El Teide al fondo, enorme y negro contra el cielo, recortado por la luz de la luna. Una silueta que no intimida sino que convoca. Que tira hacia arriba aunque las piernas ya no sean las mismas de hace quince kilómetros.

El terreno aquí fue más llevadero en pendiente —el desnivel se suavizaba— pero el paisaje lo cambiaba todo psicológicamente. Ya no había árboles que marcaran el progreso, ni referencias cercanas a las que aferrarse. Solo el camino señalizado con rocas a los lados, formando una especie de pasillo rudimentario que alguien, en algún momento, tuvo el cuidado de trazar. En mitad de la nada, ese detalle se agradece más de lo que uno esperaría.

Antes de adentrarnos del todo en el parque nacional, nos encontramos con la Capilla de la Fortaleza: una casita diminuta, tres cruces, y la promesa silenciosa de que si algo iba mal, ahí había un refugio. Nadie lo necesitó, pero su presencia en medio del páramo tenía algo de confortante. Una señal de que no estábamos completamente solos en aquel escenario lunar.

"No seguíamos el GR principal. Llevábamos el track de alguien que prefería el cortatu: recortar, acortar, ir siempre hacia arriba por donde fuera. La montaña como problema geométrico. La cumbre como única respuesta válida."

Y así lo hicimos. En vez del sendero oficial, nos adentramos por el desierto volcánico siguiendo atajos que sobre el papel ahorrraban metros y en la práctica exigían atención constante. El suelo era irregular, caprichoso, con texturas que cambiaban sin aviso. Pero había algo liberador en ello: la sensación de que no seguíamos un camino trillado, sino que nos ganábamos el terreno palmo a palmo.

Fue alrededor de los dos mil doscientos metros cuando el primer dolor de cabeza llamó a la puerta. La altitud empezaba a cobrar su peaje. No en todos, no de golpe, pero sí en alguno del grupo con suficiente insistencia como para tomárselo en serio. Y ahí apareció el antídoto que habíamos traído desde mucho más abajo: infusión de coca con anís, la misma que beben en Perú cuando el soroche aprieta. Caliente, amarga, con ese sabor medicinal que en otras circunstancias nadie elegiría, pero que a más de dos mil metros de altura sabe exactamente como tiene que saber. Funcionó. O al menos lo suficiente para seguir.

Los frontales ya estaban puestos, aunque la luna seguía siendo la iluminación principal. Era cerca de la una de la madrugada. El grupo había cambiado de registro: menos palabras, más pasos. Esa fatiga que no duele todavía, pero que pesa, que ocupa espacio en la cabeza y en las piernas. Las paradas se volvieron más frecuentes para soltar las mochilas unos minutos, respirar hondo, dejar que el cuerpo se reajustara a la altitud.

Y entonces aparecieron los Huevos del Teide.

Rocas enormes, redondeadas por siglos de enfriamiento volcánico, esparcidas por el desierto como si una mano gigante las hubiera dejado caer sin orden ni concierto.

"Solo se escuchaban nuestros pasos sobre la tierra volcánica. Nada más. A veces eso es exactamente lo que necesita una conversación para valer algo."

El paso era lento. Controlado. Cada zancada con su peso y su intención. El cuerpo aprendía a moverse a esa altitud como quien aprende un idioma nuevo: con torpeza al principio, con más fluidez con el tiempo. A lo lejos, entre la oscuridad, apareció la silueta de una caseta. Tenía pinta de ser el refugio de los guardas. Montaña Blanca. Otro hito. Otro punto en el mapa que los pies habían tardado horas en alcanzar y que los ojos ya veían desde hacía rato. Así funciona la montaña de noche: primero ves el destino, y luego caminas hacia él durante mucho más tiempo del que parece razonable.

Km cubiertos

15 → 22

Desnivel

2.000 → 2.700 m

Hora

~01:00 h



Permisos, piolets y el refugio traicionero

Faltaban cien metros para llegar a la caseta cuando aparecieron las linternas. Los guardas del parque. Llevaban el protocolo grabado en el cuerpo: documentación, permisos de ascenso, acreditación federativa. Todo en regla. Hasta que llegó la pregunta.

"¿Lleváis crampones y piolet?"

Crampones, sí. Piolet, no. Y ahí, a 2.700 metros de altitud, en mitad de la noche, con diez horas de ruta en las piernas, el grupo experimentó colectivamente esa sensación particular de pánico. Alguien dijo que sí. Que llevábamos piolet. Con una convicción que no tenía ningún fundamento material pero sí toda la desesperación del mundo detrás.

Los guardas no se inmutaron. *"No nos mintáis, que arriba os van a pedir los permisos otra vez."* La frase cayó en el grupo como una piedra en un estanque. Quietud. Miradas. Pero nos dejaron pasar. Sin embargo, Didier tuvo que ponerse el pantalón largo ahí mismo, en el frío, con el frontal alumbrado y el resto del grupo haciendo de pantalla humana. Son las normas. La montaña tiene las suyas y el parque nacional las tiene también.

"Al cruzar la caseta, la montaña cambió de tono. El zigzag empezó, el oxígeno empezó a escasear, y el grupo empezó a entender que lo que había antes era el calentamiento."

La ruta se puso empinada de verdad. Curvas cerradas que trepaban en zigzag por la ladera, con un desnivel que el cuerpo notaba en cada respiración. La regla no escrita del tramo era: tres curvas, parada. No porque alguien lo dijera, sino porque el pulmón lo pedía. El oxígeno enrarecido a esa altura no avisa con educación, simplemente empieza a faltar, y quien no lo ha vivido no puede entender exactamente qué sensación es esa: el esfuerzo correcto, el ritmo correcto, y aun así la sensación de que algo en el sistema no rinde igual que antes.

Superamos los tres mil metros. Para los más jóvenes del grupo, era la primera vez. Hay una diferencia entre saber que estás a tres mil metros y sentirlo, y esa noche lo sintieron. A partir de ese umbral, cada cien metros de desnivel se negocia. El grupo empezó a separarse de forma natural —no por abandono, sino por respeto a los ritmos propios— y quien necesitaba aclimatar, paraba. Quien podía seguir, seguía y esperaba más arriba. Todas las capas puestas: guantes, chaqueta de plumas, todo. El frío a esa altura no avisa, y si parabas demasiado tiempo, el cuerpo lo pagaba rápido.

El objetivo inmediato era el Refugio de AltaVista, a 3.260 metros. Un faro mental más que físico: llegar ahí significaba descansar, comer algo caliente, quizás incluso comprar algo en las máquinas expendedoras que supuestamente tenían. Ese "quizás" alimentó los últimos ciento cincuenta metros de desnivel con una energía prestada, la del que promete a su cuerpo que ya falta poco.

Y entonces apareció la silueta del refugio.

Por fin. Lo dijo alguien en voz alta y todos lo pensaron al mismo tiempo. Diez horas de ruta, casi 3.300 metros de altitud, el frío mordiéndolo todo, y ahí estaba: el refugio. El descanso. La recompensa.

Cerrado por obras.

No había estado en ningún plan. No había ninguna nota previa, ninguna advertencia, ningún aviso que recordar. Solo la puerta cerrada y el letrero que lo explicaba todo en pocas palabras. El grupo procesó la noticia en silencio durante unos segundos —ese silencio específico de cuando la realidad no cuadra con lo que uno esperaba— y luego, sin más drama, sacó la comida de la mochila.

Quince minutos de parada al raso. Cada uno con lo suyo: batidos en polvo, barritas, lo que hubiera. Lo curioso era la diferencia entre unos y otros: había quien necesitaba comer con urgencia, quien casi no podía probar bocado, quien masticaba despacio mirando la oscuridad hacia arriba. La altitud hace eso: individualiza. El mismo esfuerzo, el mismo frío, el mismo punto en el mapa, y, sin embargo, cada cuerpo viviendo su propia versión de la experiencia. Nadie se podía permitir quedarse quieto demasiado tiempo. El frío era una amenaza real. Y la cima todavía estaba allá arriba, esperando.

Desnivel
2.700 → 3.270 m
Horas en ruta
~10 h



La hora que no podíamos perder

Dejamos el refugio cerrado atrás sin mirar demasiado. Ya no había nada que hacer con él. El siguiente nombre en la lista mental era la Rambleta, la estación superior del teleférico, a 3.555 metros. Un objetivo concreto, medible, alcanzable. Y eso, a esas alturas de la noche y de la montaña, es exactamente lo que el cerebro necesita: algo a lo que apuntar que no sea todavía la cima.

El parón y la alimentación habían hecho su trabajo. Las piernas seguían siendo las mismas —cargadas, pesadas, con once horas encima— pero algo en el sistema se había reajustado. El cuerpo humano tiene esa capacidad extraña de encontrar un segundo fondo cuando ya creía no tener primero. Y el grupo, en silencio y con paso medido, siguió hacia arriba.

A partir de los 3.400 metros aparecieron las primeras lenguas de nieve. Franjas blancas cruzando el camino, residuos del invierno que el volcán guardaba todavía en los rincones más fríos. Con crampones o sin ellos, se podía avanzar: había que pisarlas con cuidado, con lentitud, midiendo cada apoyo, pero se podía. Y eso fue lo que hicimos. Muy poco a poco. Sin prisa porque la prisa a esa altura no existe, solo existe el paso siguiente.

"Y entonces llegamos a la Rambleta. Un pequeño tramo de bajada, luego la llanura. Y la hora en el reloj que lo cambiaba todo: quedaba una hora para el amanecer."

A mitad de camino, había una valla. Y ningún guardia. Ninguno. La ironía fue inmediata y colectiva: los mismos que habían mentido sobre el piolet cuatro horas antes, los que habían estado a punto de que les cerraran el paso a 2.700 metros, cruzaron la valla sin que nadie les pidiera nada. La montaña, a su manera, había decidido que ya habían pagado suficiente peaje.

"Menos mal que no llevábamos piolet."

Setecientos metros de distancia. Ciento cincuenta de desnivel. En condiciones normales, un paseo. Pero no estábamos en condiciones normales: estábamos a más de 3.500 metros de altitud, con doce horas en las piernas, con el frío apretando y el oxígeno escaseando. Y, sin embargo, cuando alguien dijo la cifra en voz alta —*una hora para que amanezca*— algo cambió en el grupo. No fue una decisión racional. Fue instinto.

Cima

3.718 m

Tiempo en ruta

~13 h

Azufre, adrenalina y el amanecer más bonito de España

La adrenalina llegó donde el glucógeno ya no alcanzaba. El último empujón. Ese que uno guarda sin saber que lo tiene, en algún compartimento de reserva que solo se abre cuando el momento lo justifica de verdad. Y esto lo justificaba: habíamos salido del nivel del mar trece horas antes con el objetivo de ver amanecer desde la cima del Teide, y la cima estaba ahí arriba, y el sol estaba a punto de aparecer, y no había ningún escenario en el que quedarse a medio camino.

La última subida era un infierno vertical, puro y sin matices: escalones de roca que exigían levantar la rodilla, el pulso disparado no por el esfuerzo sino por el aire que faltaba, y la cima ahí delante, visible, pero lejana, burlándose de la distancia que quedaba. A 3.500 metros el cuerpo ya no funciona igual. Cada paso cuesta el doble. Cada respiración rinde la mitad.

Pero algo había cambiado. Al fondo del horizonte, el cielo empezaba a abrirse en una franja de luz tenue, ese azul profundo que anuncia que el sol ya ha tomado la decisión de salir aunque todavía no lo haya hecho. Una hora. Menos. El grupo lo vio y algo se reactivó en cada uno de forma distinta, pero simultánea: quien necesitaba gritar, gritó. Gritos de rabia, de motivación, de puro animal que no quiere pararse. Quien necesitaba el silencio, lo encontró en la concentración absoluta, los ojos fijos en el siguiente escalón, la mandíbula apretada, la mente en blanco excepto por una sola instrucción: sigue.

Y entonces llegó el olor.

Azufre. Huevo podrido. El aliento del volcán. Un olor que en otras circunstancias resultaría desagradable y que ahí, en ese momento, significaba una sola cosa: estábamos llegando. El humo salía de las grietas de la roca, blanco y denso, mezclándose con la luz naciente del amanecer. El Teide respiraba. Y nosotros con él, a trompicones, con el corazón en la garganta y los pulmones negociando cada bocanada.

"Pasó rápido, aunque en el momento no lo parecía. Así es siempre el último tramo: una eternidad que luego cabe en un recuerdo de dos minutos."

Y por fin. La cima.

Hay momentos que el cuerpo procesa antes que la cabeza. La piel se eriza sin permiso. Los ojos se humedecen sin que nadie lo decida. La emoción sube desde algún lugar profundo, de esos que no tienen nombre exacto, pero que uno reconoce cuando los siente, y cuando llega no pide disculpas ni espera el momento adecuado. Simplemente llega.

Gritos. Abrazos. Todos con todos, sin orden, sin protocolo. El grupo que había salido de una playa atlántica casi trece horas antes rozando el océano con el reloj, ahora estaba aquí arriba, a 3.718 metros, abrazándose con esa intensidad que solo se da cuando algo ha costado de verdad. Más de uno explotó. Las lágrimas salieron sin drama, sin vergüenza, porque no había nada de lo que avergonzarse: las lágrimas en la cima del Teide después de trece horas de

ascenso desde el nivel del mar no son debilidad, son la forma más honesta que tiene el cuerpo de decir que lo ha conseguido.

El paisaje era de otro mundo. Varias islas asomaban entre el horizonte. Un mar de nubes tapaba todo lo que había abajo, como si el mundo hubiera desaparecido y solo quedara esto: la cima, el cielo, el grupo, y el sol que empezaba a salir. El viento y el frío apretaban, pero nadie se movía. Nadie quería marcharse todavía de ese instante.

El sol fue saliendo despacio, con parsimonia, como quien sabe que tiene todo el tiempo del mundo. Y al otro lado, proyectada sobre el mar de nubes, la sombra perfecta del Teide: un triángulo oscuro, limpio, geométrico, extendiéndose hacia el horizonte. La sombra de la montaña sobre las nubes, desde la cima de la montaña. Un espectáculo que pocos ven y que ninguno que lo ha visto olvida.

"En el cráter había un agujero del que salía calor y humo volcánico. Pusimos las manos encima. El mismo volcán que nos había exigido todo nos calentaba ahora los dedos. Parecía un trato justo."

Fotos, silencio, risas, miradas que lo decían todo sin necesidad de palabras. El tarro con el agua del Atlántico y la arena negra de la Playa del Socorro había viajado desde el nivel del mar hasta aquí. El océano en el bolsillo, la cima bajo los pies. Trece horas. 3.718 metros. Veintiocho kilómetros de ascenso. Y el amanecer más bonito de España encendiéndose justo delante, como si lo hubieran programado para nosotros.

Cima alcanzada
3.718 m
Ascenso total
~13 h · 28 km



Todo lo que sube, baja

Nadie lo dijo en voz alta, pero todos lo pensaron al mismo tiempo: tocaba bajar. La cima no es el final, es el punto medio. Y lo que la adrenalina había tapado durante el último tramo de ascenso empezó a cobrar su factura en cuanto el cuerpo entendió que ya no había más arriba. Mil quinientos metros de descenso hasta el parking de Montaña Blanca, a 2.250 metros. Las piernas, que hasta ese momento habían estado en modo supervivencia, de repente notaron el peso real de todo lo que habían hecho.

Pero había algo distinto: era de día. Y todo lo que la noche había ocultado durante la subida apareció de golpe con la luz del sol. Las vistas que el bosque de pinos había tapado, el desierto volcánico que los frontales solo iluminaban en fragmentos, los colores de la lava, la geometría imposible del cráter, las islas en el horizonte. Subir de noche tiene su magia, pero bajar de día tiene su recompensa. El paisaje que habíamos ganado metro a metro sin verlo entero ahora se desplegaba completo, generoso, como si la montaña por fin quisiera mostrarse tal como es.

Para algunos, especialmente los más jóvenes, la bajada fue más dura que la subida. El bajón de adrenalina es traicionero: cuando el cuerpo deja de producirla, el cansancio acumulado de toda la noche aparece de golpe, sin filtro. Hubo que parar. Mareos, piernas que ya no respondían del todo, la sensación de que el suelo se movía. Y el inventario de comida que quedaba era lo que era: un trozo de pan y fuet. Poco, pero suficiente. A veces el cuerpo no necesita mucho para encontrar un último hilo del que tirar.

"El sol ya picaba. Nos íbamos quitando capas de una en una, esas mismas que habíamos ido añadiendo hora a hora durante la noche. La montaña en reversa."

Dejamos atrás el Refugio de Altavista —cerrado, como lo habíamos encontrado, indiferente a nuestro paso— y más abajo apareció la caseta de los guardas. Los mismos que en plena noche nos habían parado, pedido los permisos, puesto a prueba. Esta vez, a la luz del día y con las piernas de vuelta, el protocolo se repitió: documentación, acreditación, crampones. Los crampones los enseñamos sin problema. Del piolet, nadie dijo nada. Algunos intercambiaron una mirada cómplice y siguieron adelante sin comentarios.

Desde ahí, cinco kilómetros hasta el parking. Solo cinco. En cualquier otro momento de la vida, cinco kilómetros son un paseo. Con treinta y tres ya en las piernas y una noche entera sin dormir, son una eternidad con paisaje. La bajada se hizo larga, con muchas ganas de llegar, con el pensamiento puesto en sentarse, en comer algo de verdad, en cerrar los ojos aunque fuera un momento.

La logística del taxi no fue fácil. La cobertura a esa altitud hace lo que quiere, y coordinar un vehículo desde el parking de Montaña Blanca hasta la Playa del Socorro requirió paciencia, ingenio y varias llamadas que se cortaban a mitad. Pero lo conseguimos. Como todo lo demás del día.

Las 11:30 de la mañana del domingo. Treinta y ocho kilómetros en las piernas. Diecisiete horas caminando. El taxi nos dejó en la Playa del Socorro.

El Atlántico estaba ahí, como siempre. Las mismas olas. La misma arena negra. El mismo océano que habíamos guardado en un tarro al principio y que ahora mirábamos desde abajo, desde el nivel del mar, con 3.718 metros vividos en el cuerpo y la sensación extraña y magnífica de haber cerrado algo que pocas personas cierran.

"Habíamos salido del mar para llegar al cielo. Y ahora el mar nos recibía de vuelta."

Del mar al cielo. Y del cielo, de vuelta al mar. La ruta 0.4.0 completada. Treinta y ocho kilómetros. Diecisiete horas. Un volcán entero bajo los pies. Y el recuerdo de que cuando un grupo de personas decide hacer algo imposible con suficiente preparación, lo consigue.

Distancia total

38 km

Tiempo total

17 horas

Desnivel

3.718 m

Salida

18:00

Final

11:30 h domingo

Ruta 0.4.0 · Playa del Socorro → Pico del Teide · Mayo 2026

— FIN —